

dilacion. Y si vosotros, pecadores míos, deseais saber cuál de estos tres atributos resplandece en la paciencia que Dios está tomando con vosotros, os diré que todos tres juntos. Resplandece la sabiduría, porque Dios sabrá sacar de esta dilacion grandes y muy apreciables bienes, si no respecto de vosotros, respecto de otros, á quienes, ó entre tanto haréis algun bien, ó serviréis algun dia de ejemplo y de escarmiento. Resplandece la misericordia, porque está dispuesto á usar de ella con vosotros, si detestais pronto vuestras culpas, y borrais con verdadera penitencia todo lo pasado. Resplandece la justicia, porque si vais siguiendo como hasta aquí, os dará un castigo que espantará al cielo y á la tierra. Yo os aconsejo, yo os amonesto y os suplico, que aprovechándoos de esta dilacion, procureis poner os bien con Dios, á fin de que podais algun dia decir con el real Profeta : Cantaré las misericordias del Señor, y las ensalzaré por los siglos de los siglos : *Misericordias Domini in æternum cantabo. Amen.*

## DOMINGO OCTAVO DESPUES

### DE PENTECOSTES.

*El evangelio de este dia consiste todo en una parábola extraída del capítulo XVI de san Lucas, que Jesucristo dirigió á sus discípulos y á una numerosa turba que le seguia. De esta parábola, que representa la ansiedad y turbacion de un cierto mayordomo que fue obligado por su señor á darle cuenta de su administracion, la que, segun parece, no era tan fiel y exacta como dicho señor hubiera deseado, hemos pensado deducir tres discursos morales muy útiles, y de los que casi no sabríamos á cuál dar la preferencia. Estos discursos son : 1.º sobre el exámen de la conciencia que debe preceder á la confesion : 2.º sobre el juicio particular : 3.º sobre el conocimiento de sí mismo.*

*Para formar el discurso sobre el exámen de la conciencia, se toma el texto : Ait autem villicus intra se : Quid faciam ? y se comienza así : «Hubo un hombre rico, dice el evangelio, «que tenia un mayordomo que administraba su hacienda. Este «mayordomo fue acusado ante su señor de que, en vez de cuidar sus intereses con celo y diligencia, los destruia y los dissipaba. Oida esta acusacion, llamó el señor al mayordomo, «y le dijo : ¿Qué es lo que oigo de tí? Rinde cuentas de tu administracion. No bien oyó el infeliz mayordomo que habia «de dar cuentas, cuando, acusado de su propia conciencia, y «conociendo ser muy exacto lo que de él se habia dicho, comenzó á decir para sí : ¿Qué haré? Quid faciam ? Estoy per-*



«dido, se acabó para mí, mi señor va á echarme con un pun-  
«tapié de su hacienda. Dominus aufert à me villicationem.  
«¿Qué dices, hombre? Tu señor todavía no ha visto las cuen-  
«tas, tú mismo no las has aun repasado, ¿y ya te cuentas per-  
«dido? ¿ya te consideras fuera? No os admire esto, cristianos:  
«el buen mayordomo sabia perfectamente lo que habia en su con-  
«ciencia, conocia todas sus dilapidaciones en cuanto al núme-  
«ro, á las especies y á las circunstancias: y por esto se conde-  
«naba á sí mismo antes que le condenase su señor. ¿Y creéis  
«vosotros, mis amados fieles, que, si cuando Dios os llama á  
«darle cuentas en el tribunal de la Penitencia, vosotros lleváseis  
«bien examinados vuestros pecados, y, como nuestro mayor-  
«domo, los conociéseis exactamente en el número, en las espe-  
«cies y en las circunstancias, no os condenaríais en vuestro co-  
«razon antes que llegáseis á los piés del confesor? ¿Por qué  
«vuestras confesiones son tan frias, tan truncadas, tan super-  
«ficiales, y de consiguiente tan infructuosas? Porque ordina-  
«riamente las haceis, ó sin exámen alguno, ó con un exámen  
«ligero, corrido y superficial. Aprended de nuestro mayordo-  
«mo á averiguar bien lo que hay en vuestra conciencia antes de  
«comparecer á dar cuentas en el tribunal de la confesion, y ve-  
«réis con qué disposiciones tan diferentes os presentais. Para  
«animaros á esto, vengo á hablaros de la necesidad del exámen  
«para la confesion, de la materia de este exámen, y del modo  
«con que debe hacerse.»—Tómese ahora el cuerpo de la plá-  
«tica puesta en el tomo 1.º del Catequista orador, pág. 316.

Al discurso sobre el juicio particular se le dará por tema el  
texto: Redde rationem villicationis tuæ; y se comenzará del  
modo siguiente: «El evangelio que se acaba de leer es una pa-  
«rábola muy notable que el Salvador predicó en cierta ocasion  
«á una gran turba que le seguia. Hubo un hombre rico, les di-  
«jo, que tenia un mayordomo, el cual fue acusado de que di-

«lapidaba sus bienes. Llamó el rico á su mayordomo, y le dijo:  
«¿Sabes lo que me han dicho de tí? Me han dicho que disipas mi  
«hacienda. De consiguiente, dame cuenta de tu administracion,  
«que yo no quiero que administres mas mis bienes. Oida esta  
«intimacion, dijo el mayordomo dentro de sí: ¿Qué haré? ¿có-  
«mo lo haré ahora para ganarme la subsistencia? ¿Me pondré  
«á cavar? No puedo. ¿Me iré á pedir limosna? La cara me  
«caeria de vergüenza. No me queda otro recurso sino ver si  
«logro entenderme con los que deben algo á mi señor, á fin de  
«que, cuando sea separado de la administracion, me reciban  
«en sus casas. Dicho esto, fué llamándolos á todos uno á uno,  
«y haciéndoles una notable rebaja en sus deudas, logró que le  
«admitiesen en su mesa. La Iglesia, fieles, nos hace leer hoy  
«la parábola que acabais de oír, á fin de llamar nuestra aten-  
«cion sobre la cuenta terrible que cada uno tendrá que dar á  
«Dios al fin de su vida. Sabiendo ella que el medio mas pode-  
«roso para arreglar nuestras costumbres es la meditacion sé-  
«ria del juicio particular que Dios celebrará con nuestra al-  
«ma luego que haya salido del cuerpo, nos lo pone hoy á la vista,  
«tomando ocasion de la parábola del mayordomo infel. Entre-  
«mos en la consideracion de este juicio espantoso, y reflexio-  
«nemos cuál sea la situacion de una alma puesta á la presencia  
«de su Juez, y dándole estrecha cuenta de todo el tiempo que  
«ha estado en el cuerpo.»—Aquí se dirá la plática que se ha-  
«lla en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 156.

Véase ahora el otro asunto que indicamos arriba, y al que  
hemos dado el siguiente título:



### Conocimiento de sí mismo.

*Ait villicus intra se: Quid faciam? (Luc. XVI, 3).*

Si os dijese, cristianos, que hay una persona con la cual tratáis todos los días, todas las horas, todos los momentos, y que no obstante no la conocéis, ¿me creeríais?... Pues la hay en efecto. Es una persona muy amiga vuestra, muy familiar vuestra, muy íntima vuestra; y esto no obstante no la conocéis. Habla como vosotros, viste como vosotros, anda como vosotros, tiene el mismo gesto y fisonomía que vosotros; y con todo no la conocéis. Se sienta cada día con vosotros en la mesa, toma la misma comida, duerme en la misma cama, se alberga bajo el mismo techo, trabaja en el mismo taller: con vosotros entra, con vosotros sale, con vosotros se para, siempre os acompaña, nunca os deja; y sin embargo no la conocéis.

Yo os contemplo atónitos, cristianos míos, y como si leyese vuestro interior, estoy cierto que todos en este momento os estais preguntando: ¿Quién será esta persona tan íntima nuestra, y que no obstante no conocemos? ¿Quereis que os saque pronto de dudas y perplejidades?... Pues sois vosotros mismos. De tantas personas como tratáis, de tantas como conocéis, la vuestra es de la que teneis menos noticia; y tan poca, que se puede absolutamente decir que os es del todo desconocida. ¿Quién conoce su genio, su carácter, su temperamento y sus inclinaciones? ¿Quién comprende sus defectos, sus pasiones, sus miserias y sus flaquezas? ¿Quién está enterado de cuáles son sus vicios, cuáles sus hábitos, cuáles

sus costumbres, y cuáles sus pecados? ¿Quién no se hace ilusiones, teniéndose por muy otro de lo que realmente es?

El mayordomo infiel, de quien habla hoy el evangelio, al menos tenia esta buena calidad, que se conocia perfectamente, y sabia cuáles eran sus miserias y flaquezas: y por esto no bien entendió que se le iban á pedir cuentas de su administracion, se tuvo por perdido, y exclamó para sí: ¿Qué haré infeliz de mí? *Ait villicus intra se: Quid faciam?* Pero entre nosotros son tan pocos los que se conocen á sí mismos, que de ciento apenas podria contarse uno. Y no es ciertamente ni porque este conocimiento no sea muy necesario, ni porque falten medios para adquirirlo, ni porque no pueda hacerse de él un muy buen uso; antes me atrevo á decir, que entre los conocimientos humanos, el de sí mismo es el mas necesario de todos, el que mas fácilmente puede conseguirse, y del que puede hacerse un uso mas provechoso. Hé aquí tres verdades que vengo á demostrar.

---

El que no se conoce bien á sí mismo, y no sabe exactamente cuáles son sus defectos, sus pasiones y sus miserias, incurre en muchos desaciertos que le inducen á cometer grandes faltas, y comprometen en gran manera su eterna salvacion. El primer desacierto en que incurre es, que se entremete en muchos negocios para los cuales no tiene disposicion ni aptitud, y en los que, como es consiguiente, hace faltas muy remarcables, que por ser efecto de su incapacidad, no dejan de hacerle muy culpable delante de Dios.

¿De dónde provienen los mas de los delitos que se cometen en todos los estados, empleos y carreras? Provienden de que están ocupados por personas que para todo son aptas menos para el cargo que desempeñan. El uno está ejerciendo las al-



tas funciones del sacerdocio, cuando nunca debiera haber salido del estado de seglar; el otro es todo un padre de familia, cuando le convendría estar en una casa de correccion: este tiene el cargo de educar y enseñar la juventud, cuando no entiende jota de educacion ni ciencia; aquel está revisando causas y dando decisiones en el foro, cuando necesitaria aprender los primeros elementos de la jurisprudencia. ¿Cuántos, que tienen una propension declarada á la avaricia, desempeñan cargos que exigen sumo desinterés? ¿Cuántos, con un carácter flojo y condescendiente, entran en empleos que requieren gran teson y firmeza? ¿Cuántos, que carecen de experiencia y madurez, se ingieren en negocios que piden una madurez grande y una experiencia consumada?

No hay que admirarse de las muchas faltas que diariamente cometen: habiéndose ellos entremetido en tales asuntos sin conocer su incapacidad, y consultando mas su presuncion y capricho, que su mérito y aptitud, ¿pueden acaso dejar de cometerlas? Hé aquí lo que tiene el no conocerse. Si ese eclesiástico, antes de entrar en el sacerdocio, se hubiese estudiado bien, hubiera visto que sus inclinaciones eran del todo opuestas á la pureza y santidad que pide este estado; y ahora no lo deshonraria con su vida profana y licenciosa. Si ese padre de familias, antes de abrazar el matrimonio, se hubiese conocido bien, se hubiera convencido de que le faltaban todas las cualidades necesarias para resultar un buen casado; y ahora no seria el martirio de su consorte, el escándalo de sus hijos, y la eterna pesadilla de su párroco. Si... pero digámoslo todo en pocas palabras: el no conocerse á sí propio es causa de que casi todos los hombres están fuera de su lugar, ocupando puestos á los cuales Dios no les ha llamado, para los cuales no tienen aptitud, y en los cuales encontrarán probablemente su eterna condenacion.

Pero no es este el único mal que resulta de la falta de este conocimiento: el que no se conoce se expone á mil ocasiones de ofender á Dios, que tal vez evitaria con cuidado si se conociese. No hablo de esas ocasiones próximas que son pecados por sí mismas, y las que tanto el fuerte como el débil tienen obligacion de evitar. Hablo de esas ocasiones llamadas remotas, las cuales para unos tal vez no son mas que ligeras tentaciones, pero para otros son peligros inevitables, atendida su flaqueza y mala disposicion. Y bien: ¿qué hace el que no conoce su disposicion y flaqueza individual? So pretexto de que otros se ponen en tales ocasiones y no caen, tambien se mete confiadamente en ellas, y experimenta un triste naufragio.

Pongamos un ejemplo que sirva para todos los casos. Porque un jóven ha visto que otros entran en el teatro, leen romances, concurren al baile, y contraen ciertas relaciones amorosas, quiere imitarlos, creyendo, y tal vez de buena fe, que en esto no hay peligro notable. Pero ¿qué? no bien ha puesto el pié en la ocasion, cuando resbala lastimosamente, y da una caida mortal. Con el golpe de la caida abre los ojos, y entonces exclama admirado: ¡Quién habia de pensarlo!—Tú debias pensarlo. ¿No debias tú conocer mejor tus malas disposiciones? ¿no debias haberte apercebido de la flaqueza de tu virtud, de tu particular propension al mal, y del ardor de tus pasiones? Si tú, como era debido, te hubieses conocido mejor, hubieras comprendido que, aun cuando otros se metiesen en tales ocasiones, tú no debias meterte. Te hubieses conocido bien, y habrias evitado este mal.

Mas: el que no se conoce, no pide á Dios las gracias convenientes á sus necesidades espirituales, y de consiguiente no las recibe; y no recibéndolas, el resultado es condenarse. ¿A cuántos se podria decir lo que Jesucristo dijo á sus discí-



pulos pocos dias antes de subirse al cielo: Hasta ahora no me habeis pedido nada: *Usque modo non petistis quidquam* <sup>1</sup>? ¡Cómo! diréis; ¿nada hemos pedido á Dios?—Se entiende, nada de lo que mas os convendria. Muchas cosas habian pedido los discípulos al Salvador: san Pedro le habia pedido que le librase de ahogarse en el mar de Galilea, san Juan y Santiago le habian pedido las primeras sillas de su reino: otros apóstoles le habian pedido que consolase á la Cananea, porque iba tras de ellos suplicando. Y sin embargo el Salvador les dijo que no le habian pedido nada. ¿Cómo se entiende esto? Se entiende, nada de lo que mas les convenia alcanzar. No puede negarse que algo, y aun mucho, se pide á Dios; pero ¿se pide lo que convendria pedir? ¿se piden las gracias que mas convendria alcanzar? No, que así como no se conocen las propias enfermedades, tampoco se piden los convenientes remedios; resultando de aquí que se va viviendo siempre con los mismos males del alma, y al último se perece.

Omito, cristianos, una infinidad de otros males que necesariamente dimanar de la falta de conocimiento de sí mismo, como son, el ser orgulloso por no conocer la propia nada, el despreciar á los otros por no apercibirse de la propia miseria, el envidiar los bienes ajenos por no estar convencido de la propia indignidad, el impacientarse en las adversidades por juzgarse digno de mejor fortuna, el ser áspero, colérico y vengativo por creerse inmerecedor de ningun maltratamiento. ¿No basta lo dicho para que todos os convenzais de la gran necesidad de conoceros?

Sí, me diréis; pero es el caso que adquirir este conocimiento es cosa muy difícil, porque, como nos dice el Espíritu Santo, el corazon humano es de suyo perverso é insondable,

<sup>1</sup> Joan. xvi, 21.

¿y quién lo conocerá? *Pravum est cor omnium, et inscrutabile: quis cognoscat illud* <sup>1</sup>?—Convengo en que si quisiérais conoceros por vosotros mismos, os habia de ser muy difícil conseguirlo: pero no, si para ello consultais al prójimo; porque en este punto todos los hombres pueden ser maestros, los unos por medio de las palabras, y los otros por medio de las acciones.

Por medio de las palabras pueden ayudaros mucho á conocer los directores, los amigos, y hasta vuestros enemigos mismos. ¿Qué luces no podria daros para ello un director hábil, experimentado y celoso? ¿Quién mejor que él podria poner ante los ojos todas vuestras imperfecciones, hacéros las notar bien una por una, y conduciros como por la mano en todas las vias oscuras de vuestro corazon? Pero es el caso, y caso bien lamentable, que vosotros por abreviar camino, ó bien os pasais sin director, ó bien buskais uno que sea superficial, cómodo y complaciente; ó bien, usando con él de la mayor simulacion, le tapais la vista con un velo para que no pueda descubrir las llagas de vuestra alma. ¡Ah! ¿es así como os conducís en las enfermedades corporales? ¿Elegís vosotros al médico menos hábil? ¿Le ocultais vuestras dolencias? ¿Exigís de él que no las examine? ¿No le ayudais, por el contrario, á descubrir las causas del mal? ¿No le dais todas las señas posibles para que pueda descubrirlas? ¡Extraño encaprichamiento, querer mas quedarse enfermo en el alma, que recurrir á los medios eficaces de la curacion!

¿Qué luces no podríais tambien sacar, para el conocimiento de vosotros mismos, de los avisos caritativos de vuestros amigos, si les dejárais en libertad de dároslos con ingenuidad y franqueza? Si en vez de manifestar desagrado cuando os

<sup>1</sup> Jerem. xvii, 9.



los dan, mostráseis por el contrario gratitud y reconocimiento, ellos se animarian á hablaros con mayor claridad, os dirian francamente los defectos que notan en vosotros, y entonces sabríais exactamente lo que sois. Pero la desgracia es, y desgracia muy trascendental, que de los amigos solo admitís las lisonjas y las adulaciones, y no consentís en que os digan la verdad; y si llevados del deseo de vuestro bien tienen alguna vez la franqueza de decirla, pronto sigue un rompimiento.

¿Lo creeréis? Vuestros enemigos mismos, con las críticas que hacen de vosotros, podrian ayudaros mucho á conocerlos, si las escucháseis sin prevencion. Podrá suceder que muchas de ellas sean injustas; pero ¿cuántas habrá que son harto fundadas? Ellos, supongo, las hacen con el único fin de rebajaros; pero ¿qué os importa esto? Si álguien os descubriese un tesoro que sabe está oculto en vuestro campo, ¿os detendríais en examinar la intencion y el fin con que lo hace? ¿Por qué, pues, habeis de pararos en averiguar la intencion del que dice mal de vosotros? Sea buena ó sea mala su intencion, con tal que os descubra el mal que no conocíais, debeis quedarle agradecidos.

Tal vez me diréis que no teneis amigos que os avisen, ni enemigos que os censuren. — Suponiendo que ello sea así, ¿pensais que ya no os queda ningun medio para venir en conocimiento de vuestros defectos? ¿Cuántas veces son censurados en vuestra presencia los de vuestro prójimo? ¿Y quién os priva de tomar como dicho para vosotros lo que se dice de los demás? ¿Quién os impide hacer entonces esta reflexion: la pintura que se hace en mi presencia de las miserias de mis hermanos, es el verdadero retrato de las mias; las flaquezas que de ellos se refieren, son mis propias flaquezas; y los vicios que se les imputan, mas me tocan á mí que á ellos? ¿Quién

sabe, podríais añadir, si este hombre que explica los defectos de mi prójimo, lo hace con la idea de que yo me aperciaba de los míos; y si está aplicándome á mí lo que cuenta de los otros? Tal vez dice en tercera persona lo que no se atreve á decirme á mí mismo; mas cuando esté fuera de mi presencia, ¿no dirá con libertad lo que no osa decirme á la cara?

Ya veis, cristianos, que por medio de las palabras los hombres pueden ayudaros mucho á conocerlos: añadid ahora lo mucho que pueden ayudaros con sus acciones, es decir, con las virtudes y los vicios que en ellos descubris. ¿Veis una virtud en vuestro prójimo? Poned desde luego la vista sobre vosotros, haced comparacion entre vosotros y el modelo que teneis delante, y pensad que es una luz que Dios os presenta, para que á su favor podais descubrir vuestras manchas. ¿Notais en el prójimo algun vicio? Ved el espejo en que podeis mirar vuestra propia fisonomía: él os representa fielmente lo que sois, ó al menos lo que seríais sin el auxilio de la gracia.

A mas de los medios dichos hasta ahora, aun os queda otro, y muy eficaz, para adquirir el conocimiento de vosotros mismos, y es estudiar bien vuestro propio corazon. Este estudio debeis hacerlo, no mirando el corazon en sí, porque, como llevamos dicho, es impenetrable; sino observando atentamente los movimientos que produce en vuestro exterior. Así como los médicos descubren las enfermedades secretas del cuerpo humano, observando los efectos exteriores que causan en el enfermo; así vosotros descubriréis las afecciones secretas de vuestro corazon, mirando atentamente las acciones que producen fuera. ¿Y no es por las señales exteriores que venimos en conocimiento de las disposiciones interiores de los demás hombres? ¿Por dónde conocemos que un hombre es avaro, ambicioso, lascivo, etc., sino por los indicios exte-



riores que nos da de estos vicios? Pues del mismo modo, por lo que observaréis en vuestro exterior, conoceréis los males de que adolece vuestro corazón.

Quisiera ahora hablaros extensamente del uso que debéis hacer del conocimiento de vosotros mismos; mas, viendo que el discurso ha salido mas largo de lo regular, por no fatigar vuestra atención, me limitaré á decir, que debéis servir de este conocimiento para conseguir dos virtudes, la humildad y la diligencia. La humildad, viendo las miserias de que estais llenos: la diligencia, procurando trabajar por correiros y enmendaros. Este es en compendio todo el fruto que debéis sacar de este conocimiento; fruto, no lo dudeis, que, si bien será un poco amargo de presente, lo hallaréis muy sabroso cuando goceis de él en el cielo. Amen.

**DOMINGO NONO DESPUES  
DE PENTECOSTES.**

*El evangelio de este día contiene dos pasajes históricos bien notables: el uno es el llanto que el Salvador hizo sobre la ciudad de Jerusalem al verla de lejos, mientras se encaminaba á ella para padecer muerte y pasión: el otro es el celo que el mismo Salvador mostró por la gloria del templo, echando á latigazos á los que lo profanaban haciéndolo teatro de sus tráfico y especulaciones. De estos dos pasajes se desprenden dos asuntos muy útiles á las almas, y que el cura no debe despreciar, y son, el uno sobre la muerte del pecador, y el otro sobre el respeto debido á los templos.*

*Para el primero se toman por base las primeras palabras del Evangelio: Cùm appropinquaret Jesus Jerusalem, videns civitatem, flevit super illam; y se empieza de este modo: «¡Qué espectáculo tan doloroso, fieles míos, nos representa la Iglesia en el evangelio de este día! Jesucristo, el mas hermoso de los hijos de los hombres, el objeto de las complacencias de su Padre, el que forma la felicidad del cielo y la alegría de la tierra, llora mientras va á Jerusalem pocos días antes de su pasión. Aunque colmado de honor y de gloria, aunque llevado en triunfo en medio de las aclamaciones públicas, aunque acompañado de un numeroso pueblo que está loco de alegría por su venida, y canta sus alabanzas; ¡ah! él vierte lágrimas, él se entrega á la amargura y al llanto luego que pone la vista sobre aquella ciudad: Videns civitatem, flevit super illam.*